

# A tientas con el vuelo

## VIII

Allí están: racioneros del alba,  
una guardia  
monacal presentando alas al agua.  
Son formación y extracto de acrobacia,  
éxodo  
que retorna a la orilla como la imagen no sale  
de su misma estampa:  
las gaviotas comprueban  
que el mar aún no invadió la inocente tierra,  
y hacen fotografías a las olas  
que transmiten  
a otras olas que nunca pudieron ver de cerca la orilla.  
Levantán vuelo de una vez,  
como a través  
de un pentagrama que no tiene notas  
para que el pico fuese un anillo o una sonaja...  
Acuden hasta nadie sabe dónde,  
toman  
posesión del agua  
como si el mar fuera  
un aire boca abajo que subrepticamente descansara.  
Y vuelven, se hacen fila  
como una guarnición eternamente imantada,  
viendo cómo el infinito se reproduce,  
se hace mole,  
pisa el desierto,  
arde,  
avanza...

## IX

Yace un pájaro  
                                   y es como si le faltara  
 una gota de insomnio o de vacío al espacio.  
 Va camino de tierra: por lo visto, es el destino  
 final de todo vuelo imaginario.  
 No hay duelo  
                                   ni plañidera al lado  
   ni cortejo  
 de trinos funerarios.  
                                   Consigue rellenar  
 de mancha el itinerario profundo que vino haciendo como si nada.  
 Y otro pájaro vuela  
                                   y florece  
 el laurel  
                                   y la leche se derrama  
 y por la plaza un niño llora  
 perdido entre dos jóvenes que se aman,  
 y yo cruzo despacio:  
                                   ¡soy el responso estéril  
 de lo que ocurre al día en su mañana!

## XIII

La sensación, desde luego, era muy extraña  
 y la recuerdo con la nitidez con que uno se despierta  
 y entonces la boca seca te actualiza lo que ignoras de tu misma noche pasada.  
 Me hospedaba en el Parador de Santa Catalina.  
 Un viento cabrío se topaba con herrajes, con abismos y almenas.  
 La noche era un doblaje de otra profundidad  
 ininteligible.  
                                   Sin polvo sideral, purísimas, brillaban las estrellas.  
 Y algo así como un pez fuera del agua sacudió sus aletas,  
 como si el breve espacio de dos metros de nada  
 diese unos golpes a un cuerpo que acabara de ocupar  
 su vacío,  
                                   o como si un espejo se estrellase sin ruido  
 contra la armadura caballeresca que se refleja en él  
 desde hace cientos de siglos...  
 Salí a la torre del castillo:

dos aves  
se llevaron sus cavernas a otro sitio,  
y unos sones de alas  
arrastradas, unas concretas sacudidas  
de manta,

me hicieron ver el vuelo gigantesco  
de dos pájaros negros, impelidos de propia bocanada.  
Una oruga que devorara el borde de la hoja  
fue aquel amanecer.

El horizonte se extendía  
por su reino de olivos.

Un ave como un gizeh  
permanecía inmóvil a millones de años vuelo del alba...

**José Carlos Gallardo**